

Interculturalidad y educación en el Perú

Madeleine Zúñiga Castillo Juan Ansi3n Mallet

I. Qué entender por interculturalidad

1. Cultura

2. Interculturalidad

- Por qué no "mestizaje cultural"
- La diversidad cultural y la interculturalidad como situaci3n de hecho
- La interculturalidad como principio normativo

3. La crisis de la modernidad

4. La interculturalidad como respuesta posible a la crisis de la modernidad.

1. Cultura

Algunos reclaman por la vaguedad con que se suele utilizar el término cultura y su derivado intercultural, pero ni bien se intenta una definici3n se descubre la complejidad que encierra el concepto y, por tanto, la dificultad que representa definirlo. Ante este escollo, muchas veces se renuncia al esfuerzo de precisar nuestras expresiones.

En realidad, si bien es cierto que el tema es muy complejo y que la definici3n de cultura conlleva toda una perspectiva te3rica, en el marco de un discurso orientado a elaborar una propuesta educativa, es indispensable -y de hecho no es tan dif3cil como se piensa- proponer una definici3n operativa de cultura y de interculturalidad. As3, por cultura podemos entender los modos de vivir o los modos de ser compartidos por seres humanos.

La cultura y el lenguaje articulado son propios de los humanos: es lo que diferencia específicamente a nuestra especie de todas las demás. Los humanos tenemos la capacidad de ir amoldando y transformando no sólo la naturaleza, sino nuestras propias relaciones con el mundo y nuestra propia forma de vivir. A través de nuestra historia, hemos ido creando y modificando nuestra relaci3n con el mundo en un proceso acumulativo y evolutivo hecho posible porque lo que creamos y aprendemos lo transmitimos también a nuestra descendencia sin necesidad de modificaci3n genética. Para ello, hemos inventado -y seguimos renovando constantemente- sistemas simb3licos complejos, que son muy

variados en el mundo entero. Tienen también un importante grado de arbitrariedad: ante cualquier reto nuevo que se nos plantea, los humanos siempre tenemos varias -y a menudo muchas- alternativas y posibilidades de creación. Las respuestas a las necesidades -y la propia construcción de nuevas necesidades- son así un producto de nuestra historia. Hoy en día reconocemos que la facultad de creación de sistemas simbólicos no es exclusivamente humana ¹, lo que nos abre una importante perspectiva ecológica, pero nos hace ver también con mayor claridad la importancia decisiva que tiene esa facultad para la especie humana a diferencia de todas las demás. Por ello seguimos hablando de cultura como el modo propio del ser humano de relacionarse con el mundo.

La relación con el mundo implica la relación con la naturaleza, con los demás, consigo mismo, con la trascendencia; nos relacionamos con el mundo con formas de mirar, de sentir, de expresarnos, de actuar, de evaluar. Aunque las expresiones materiales manifiestas son parte de la cultura, es importante entender que, en tanto es viva, una cultura no se reduce nunca a la suma de todas sus producciones. Lo central de la cultura no se ve; se encuentra en el mundo interno de quienes la comparten; son todos los hábitos adquiridos y compartidos con los que nos relacionamos con el mundo. Por esta razón, podemos afirmar que la cultura, a la vez que se internaliza individualmente, es un hecho eminentemente social, puesto que es compartida y se socializa permanentemente en todas las interacciones de la sociedad, y en forma muy particular en los procesos educativos.

Para terminar esta presentación de una definición operativa de cultura, recordemos que ésta se gesta al interior de los diversos grupos a los que el humano se une por diversas afinidades: ideológicas, de clase, de credo, de origen territorial, de origen étnico, de edad, de sexo, etc. En estos grupos se generan y comparten modos de ser y hasta un lenguaje propio que son cultura. La relación entre los miembros de las diversas culturas que existen en cualquier país es compleja; y cuanto más estratificado sea el país, esa relación tenderá a ser no solo compleja, sino conflictiva, por ser una relación entre desiguales. Ahora bien, la relación entre miembros de culturas distintas puede recibir con propiedad el calificativo de "intercultural". Sin embargo, si escuchamos el término interculturalidad, como hablantes intuimos que se refiere a una noción cuyo contenido semántico requiere ser explicitado. La comprensión del abstracto interculturalidad nos llevará a emplear el calificativo intercultural con mayor precisión, buscando que se ajuste a la definición del concepto que lo subyace. Esa es nuestra intención en los párrafos que siguen: discutir sobre qué entender y qué no entender por interculturalidad, para precisar luego qué implica una educación intercultural.

[Volver al principio](#)

2. Interculturalidad

· Por qué no "mestizaje cultural"

La noción de "mestizaje cultural" ha tenido cierto éxito en el Perú al buscar dar cuenta del encuentro -o del choque si se prefiere- de las culturas autóchtonas con la de los

colonizadores españoles. Tal vez el término pueda seguir siendo interesante para expresar la voluntad de quienes, desde tradiciones étnicas y culturales diversas, buscan construir un terreno común de entendimiento. Sin embargo, expondremos ahora varias razones que nos hacen pensar que en la actualidad su uso no es muy conveniente.

El término se deriva de la simplificación extrema operada por la gran división colonial, jerarquizante y excluyente, entre "indios" y "españoles", supuestamente reconciliados en el "mestizaje". Se pasa así alegremente por alto la gran riqueza de la multiplicidad cultural. Se confunde además en una sola categoría realidades culturales muy distintas (por ejemplo no es igual el "mestizo" de las antiguas ciudades coloniales que el "indio" que ha adquirido hábitos urbanos). Y finalmente, la noción de "mestizaje cultural", aunque construida a base de las categorías coloniales, tiende a eliminar la percepción de la relación de dominación propia de la situación colonial y heredada de ella. Es decir tiende a suponer armonía entre todos, dejando de lado la desigualdad real de condiciones de los grupos sociales y étnicos, en el acceso a los recursos culturales ajenos y en las posibilidades de desarrollo y difusión de los propios.

En términos más teóricos, se critica también esta noción porque -como lo señalara Fernando Fuenzalida (1992)- trata las culturas como si fueran entidades corpóreas con capacidad de mezclarse de modo similar a los seres orgánicos. Para nosotros, en cambio, la cultura no tiene existencia en sí misma, sino que se refiere a actitudes acostumbradas y a maneras de ser compartidas (dimensión social) de las personas en concreto (dimensión individual). Por esta razón, en el mejor de los casos, podría hablarse de "mestizaje" en un sentido metafórico, pero es una metáfora que, lejos de ayudar a entender la realidad, más bien conduce a confundirla.

Por todo ello, nos parece más provechoso dejar de lado ese término para centrarnos en lo que realmente importa: el estudio de las transformaciones que ocurren en nosotros -y que compartimos con otros- al entrar en contacto permanente con personas y grupos que suelen expresarse, actuar, pensar o sentir de modo distinto al que acostumbramos. Lo importante es entender de qué manera, en el contacto cotidiano entre grupos de orígenes históricos distintos, ocurren las transformaciones sociales y cómo van de la mano con cambios en las mentalidades, en los universos simbólicos, en el imaginario de las personas, en sus maneras de sentir y percibir el mundo y, en especial, en sus maneras de adaptarse y enfrentar situaciones nuevas, de relacionarse con datos culturales distintos a los propios.

[Volver al principio](#)

. La diversidad cultural y la interculturalidad como situación de hecho

La diversidad cultural se presenta en espacios definidos donde coexisten grupos humanos con tradiciones culturales diferentes. Por tal razón, no entenderemos por diversidad cultural la existencia de influencias lejanas, como pudieron ser la adopción de los fideos o de los molinos de viento asiáticos en Europa. En cambio, los contactos frecuentes entre mercaderes y toda clase de viajeros en torno al mediterráneo, por la densidad de estas

relaciones, constituyeron espacios importantes de diversidad cultural que generaron relaciones intensivas entre culturas o relaciones interculturales de hecho, esto es, relaciones en las cuales, aunque las personas no necesariamente lo quieran ni lo busquen, se ven influenciadas de manera importante por rasgos culturales originados en tradiciones diferentes a la propia. En este sentido, el mundo andino se ha caracterizado siempre por una gran diversidad cultural.

Ahora bien, puede ser muy variada la actitud frente a la diversidad cultural y a las consiguientes relaciones interculturales en las que uno se encuentra sumergido de hecho. Por ejemplo, es posible que ciertas influencias no sean reconocidas e incluso sean rechazadas. El reconocimiento, desconocimiento o rechazo de influencias culturales depende, naturalmente, del prestigio que está socialmente asociado a cada uno de los ámbitos culturales. Pensemos cuánto de influencia árabe hay en la cultura hispana, sin que sea generalmente reconocida. Del mismo modo ¿cuánto de influencia andina habrá en la cultura criolla del Perú, aunque no se la quiera admitir? Es de esperar que cada persona tienda a reconocer y valorar dentro de sí misma las influencias culturales de ámbitos que gozan de mayor prestigio. Este proceso es complejo, no unilineal, y depende incluso en parte del contexto en el que se encuentre la persona, pero aquí simplemente interesa señalar que existen influencias que, pese a no ser reconocidas, actúan sin embargo eficazmente en el comportamiento individual o colectivo. Pensemos por ejemplo en la influencia de la lengua materna en la manera de hablar otro idioma: aunque se la quiera negar, esta influencia jamás desaparece por completo.

Esta actitud variada ante influencias culturales, de acuerdo a su prestigio y proveniencia, está íntimamente ligada al contexto de mucha desigualdad social en que se dan generalmente las situaciones de interculturalidad, como es el caso del Perú. Las influencias culturales mutuas no se procesan entonces de manera armoniosa y en un ambiente de respeto mutuo y de diálogo. Es más bien lo contrario que ha venido dándose a lo largo de la historia. Pero ello no significa que no hayan existido estas influencias mutuas (o esta interculturalidad de hecho). Significa, eso sí, que para quienes viven ese proceso es difícil reconocer y asumir plenamente la riqueza potencial que representan recursos culturales generados a través de prolongadas experiencias históricas distintas, y que de pronto se encuentran reunidas y al alcance. Al mismo tiempo, la historia de la humanidad, y en especial también la del Perú, está llena de ejemplos de influencias mutuas que se han producido en medio de relaciones sociales jerarquizadas y de procesos de dominación y explotación. Sólo por tomar ejemplos materiales muy obvios, se puede recordar que Europa se salvó de muchas hambrunas gracias a la papa andina y que la agricultura andina, por su lado, adaptó con mucho éxito el buey y el arado a sus sistemas de producción.

En medio del conflicto y la injusticia de las relaciones sociales, siempre hubo quienes soñaron con convertir las relaciones interculturales existentes de hecho, en un punto de partida para establecer relaciones sociales más justas: la interculturalidad se convierte entonces de una situación de hecho en un principio normativo orientador de cambio social.

[Volver al principio](#)

· La interculturalidad como principio normativo

Más allá de la existencia de hecho de relaciones interculturales, la interculturalidad puede entonces tomarse como principio normativo. Entendida de ese modo, la interculturalidad corresponde a la actitud de asumir positivamente la situación de diversidad cultural en la que uno se encuentra. Se convierte así en principio orientador de la vivencia personal en el plano individual y en principio rector de los procesos sociales en el plano axiológico social. El asumir la interculturalidad como principio normativo en esos dos aspectos - individual y social- constituye un importante reto para un proyecto educativo moderno en un mundo en el que la multiplicidad cultural se vuelve cada vez más insoslayable e intensa.

En el nivel individual, nos referimos a la actitud de hacer dialogar dentro de uno mismo - y en forma práctica- las diversas influencias culturales a las que podemos estar expuestos, a veces contradictorias entre sí o, por lo menos, no siempre fáciles de armonizar. Esto supone que la persona en situación de interculturalidad, reconoce conscientemente las diversas influencias y valora y aquilata todas. Obviamente, surgen problemas al intentar procesar las múltiples influencias, pero al hacerlo de modo más consciente, tal vez se facilita un proceso que se inicia de todos modos al interior de la persona sin que ésta se dé cabal cuenta de ello. Este diálogo consciente puede darse de muchas formas y no sabemos bien cómo se produce, aunque es visible que personas sometidas a influencias culturales diversas a menudo procesan estas influencias en formas también similares². Por ejemplo, en contraposición a la actitud de desconocimiento y rechazo de una vertiente cultural con poco prestigio, actualmente ciertas corrientes ideológicas están desarrollando una actitud similar de rechazo de la vertiente cultural de mayor prestigio. La interculturalidad como principio rector orienta también procesos sociales que intentan construir -sobre la base del reconocimiento del derecho a la diversidad y en franco combate contra todas las formas de discriminación y desigualdad social- relaciones dialógicas y equitativas entre los miembros de universos culturales diferentes. La interculturalidad así concebida, "(...) posee carácter desiderativo; rige el proceso y es a la vez un proceso social no acabado sino más bien permanente, en el cual debe haber una deliberada intención de relación dialógica, democrática entre los miembros de las culturas involucradas en él y no únicamente la coexistencia o contacto inconsciente entre ellos. Esta sería la condición para que el proceso sea calificado de intercultural." (Zúñiga 1995)

En este sentido, la interculturalidad es fundamental para la construcción de una sociedad democrática, puesto que los actores de las diferentes culturas que por ella se rijan, convendrán en encontrarse, conocerse y comprenderse con miras a cohesionar un proyecto político a largo plazo. En sociedades significativamente marcadas por el conflicto y las relaciones asimétricas de poder entre los miembros de sus diferentes culturas, como es el caso peruano, un principio como el de la interculturalidad cobra todo su sentido y se torna imperativo si se desea una sociedad diferente por ser justa.

El asumir así plenamente la interculturalidad implica confiar en que es posible construir relaciones más racionales entre los seres humanos, respetando sus diferencias. El mundo contemporáneo, cada vez más intercomunicado, es también un mundo cada vez más intercultural -como situación de hecho- en el sin embargo que pocas culturas (y en el límite una sola) disponen de la mayor cantidad de recursos para difundir su prestigio y desarrollarse. Es decir es un mundo intercultural en el que tiende a imponerse una sola voz. La apuesta por la interculturalidad como principio rector se opone radicalmente a esa tendencia homogenizante, culturalmente empobrecedora. Parte de constatar la interculturalidad de hecho y afirma la inviabilidad a largo plazo de un mundo que no asuma su diversidad cultural como riqueza y como potencial.

[Volver al principio](#)

3. La crisis de la modernidad

El proyecto de la modernidad nacido de la Ilustración afirmó el sueño de la posibilidad de un progreso indefinido regido por la razón. La historia del siglo XX, sin embargo, es también de algún modo la historia de la pérdida de credibilidad del proyecto así definido. Para ello basta mencionar la constatación hecha sentido común de los horrores a los que puede conducir el desarrollo tecnológico con su "razón instrumental" (basta la masacre de Auschwitz como ejemplo).

Al mismo tiempo, nacen o renacen identidades nacionales y étnicas en los pueblos subordinados dentro el nuevo orden mundial, dando lugar con frecuencia a movimientos marcados por un claro anti-occidentalismo. Pese a los avances científicos y tecnológicos que han puesto al Japón junto con otros países orientales a la punta de la modernidad, se sigue muchas veces identificando a occidente con modernidad, con el rechazo de ambos, con toda la ambigüedad que significa rechazar la modernidad de occidente mas no su tecnología. Estos movimientos ceden también fácilmente a la tentación de intentar recrear mundos cerrados en diversas formas de fundamentalismo.

La ideología de la posmodernidad es una forma de respuesta a esta crisis, aunque si se la mira desde cierta distancia (y especialmente desde el sur), aparece como una respuesta en realidad muy propia de la cultura moderna y, además, muy occidental. Paralelamente, y casi independientemente de estos movimientos de crítica o negación de la modernidad, la vida misma de las personas, de las instituciones y de los Estados, continúa en lo central siendo regida por una búsqueda cada vez más exigente de eficiencia, propia de la racionalidad moderna regida por el ideal del progreso. Tal vez el drama de la sociedad globalizada de hoy sea que, aunque ya no se cree en el progreso, éste sigue siendo la meta que todos persiguen, a falta de otro sentido que ha desaparecido del horizonte.

Muchos sostienen que el proyecto moderno, sin embargo, no está agotado. Su crisis manifiesta más bien una insuficiencia de modernidad, es decir una insuficiencia de racionalidad y razonabilidad (o sensatez, en el sentido de Eric Weil) en las relaciones humanas. Se podría pensar, incluso, que recién están apareciendo las condiciones de una modernidad mayor, o al menos que la sociedad está en crisis, no porque la modernidad la

destruyó, sino porque, al contrario, es insuficientemente moderna. El sueño de hoy ya no es, claro está, el de un progreso indefinido logrado mediante una ciencia omnipotente, sino más bien el de alcanzar una vida razonable en el planeta sobre la base del respeto de las diferencias entre todos los humanos. Desde ahí es posible hablar nuevamente de un universal, ya no impuesto desde fuera, sino surgido del diálogo y de la tolerancia.

[Volver al principio](#)

4. La interculturalidad como respuesta posible a la crisis de la modernidad

El aprender a vivir entre los diversos se está convirtiendo así en el nuevo reto (y tal vez el nuevo mito de una modernidad más amplia). El proyecto de interculturalidad, respetuoso de las diferencias, es hasta ahora contradictorio con la homogeneización que produce la gran empresa multinacional³. Sin embargo, el mismo proceso que produce homogeneización, pone también en comunicación cada vez más estrecha el planeta entero, ubicándonos a todos cada vez más en situación de interculturalidad de hecho que crea condiciones para luchar contra la tendencia uniformizante.

Existe entonces un campo enorme para una lucha cuyos resultados dependerán en gran parte de la actitud de las sociedades subordinadas, de su capacidad de proponer con fuerza valores al mundo de hoy, de difundir maneras de ver inspiradas en sus propias tradiciones, de crear formas nuevas de modernidad. Lo que está en juego y en discusión, entonces es la posibilidad de crear y recrear la modernidad desde múltiples tradiciones. Los japoneses han mostrado que esto es posible al desarrollarse afianzando más su cultura y creando modernidad desde ella: pensemos por ejemplo en el refinamiento puesto por ellos en el acabado y en la presentación de los productos industriales. Frente a una modernidad uniformizante (y básicamente occidental), es posible imaginar una modernidad de diversidad y pluralidad, más rica, que explore muchas alternativas a la vez y las confronte permanentemente en los nuevos espacios rápidos de intercomunicaciones.

En esta perspectiva, el Perú tiene mucho que aportar. Si el reto del mundo en el próximo siglo es el de crear relaciones sensatas de convivencia sobre la base del respeto y aprovechamiento de la diversidad, ese es un aspecto en que el Perú tiene ventajas comparativas si es capaz de ir a sus raíces y aprender de sus antiguas culturas. Sabemos que desde siempre, los antiguos peruanos supieron manejar la diversidad de la naturaleza. Pero no sólo eso: también tuvieron muchos recursos para manejar la diversidad de los grupos sociales y hacer posible la convivencia entre quienes se mantenían diferentes.

Un eje central de trabajo es entonces el proyectarnos al futuro desde una civilización -la andina- cuyo rasgo más relevante, comparativamente con otras grandes civilizaciones, siempre fue el de enfatizar el manejo de la diversidad en todos sus aspectos, tanto físicos como sociales y culturales.

Esta lucha por un mundo regido por el principio de interculturalidad es, desde luego de enormes dimensiones, pero está a la altura de los grandes retos que necesitan las nuevas generaciones. Supone aprender a pensar el mundo desde nuestra experiencia y a la vez

desde el mundo mismo; trabajar la relación norte-sur en diálogo con el norte aprendiendo también del sur, especialmente de quienes (como la India por ejemplo) han avanzado, desde su propia historia en la construcción de propuestas del manejo de la diversidad.

Tomado de: <http://macareo.pucp.edu.pe/~jansion/Interculturalidad/Libro/IC-I-Que.htm#2b-lad>